

EN EL TALLER DE ESCRITURA

Han empezado a brotar. El aire es suave.

Frank Harrison, alto, gimnasia, diez. Su Premio Narrativa Joven es reciente. Taller Salinger: director del curso de verano. Luego, las clases: jueves, de 7 a 9.

—¿Quién tiene la certeza de ser el primero en algo? Vengo de los otros —dice Frank al principio.

Me gusta escribir de mi vida. Mi novio murió, no hubo más. Los años, muchos, pasan. Y pesan. Cada noche un vaso de leche, nadie llama, no espero nada —le digo.

—¿Realidad? Otras realidades subyacen más allá. Al escribir, la realidad es ya literatura —dice Frank.

Sí, esa realidad quiero escribirla. Mi padre me pegaba y quiero contarlo.

—Cuando uno vive es el sujeto, cuando no se vive y se cuenta, uno es el objeto. Entonces te alejas de la realidad —dice Fran.

Por eso escribo así.

—Sigue, Lindy —me dice él, sonrío—. Me gusta lo que escribes.

—No me gusta, Lindy, está todo claro, es demasiado cotidiano —dice Paula, 38, pelo rosa, rosa de los vientos en el brazo desnudo, el aro en la nariz—. La luna de Venus asolada por Apolo, llegamos a Saturno, me acerco a Ceres, el planeta enano. Futuro, más allá, universos paralelos. Ahí estoy, Lindy querida.

—Sí, Paula, claro—. Pobre, fue en el barrio ese donde la asaltaron, a mí no me pasará, tomo mis precauciones.

—Todo cuento cuenta dos historias, la aparente y la escondida, que se hace patente en el desenlace —nos explica Frank con énfasis. Nueva sonrisa mirándome de nuevo. Pero yo solo cuento mi historia, no escondo nada.

—No se puede contar todo sino sugerir, incitar a la curiosidad —afirma él, seguro, convencido.

Me mira a mí. Tenía solo dos amigas, eran del cole, mi mamá murió, mi padre luego, él lo merecía. Una me engañó, la otra se fue una tarde, ¿California?, no sé. No volvió.

—Lo que se cuenta debe llevar a su vez a dar pistas para completar la historia —dice Frank.

Creo que se ha vuelto a fijar en mí. Fui a la peluquería. Bolso nuevo, es elegante, la llevo dentro, pesa, pero no importe. Frank es muy atractivo.

El sol cae desde arriba. Todas muy verdes.

Me ha gustado lo que nos dio Frank. Lo leí dos veces. Un poco raro. Pero yo necesito explicarme más. Hoy me gusta su ropa y la manera de moverse. Me encanta.

—Narrar callando mediante alusiones, conjeturas, suposiciones para hacer historias dotadas del poder de persuasión, y de esta manera, dejar que los espacios en blanco se llenen con la imaginación del lector —explica Frank.

Frank admira a Hemingway. Yo no puedo suponer, escribo para decirlo todo. Su voz me atrapa.

—Selva de Bangladesh, él estaba listo, pasó, un disparo, ¿ocho puntas? —termina de leer Alfred, cazador, gestiona una web de viajes.

—Es el lector el que ata cabos y completa las historias. La intriga es por tanto provocar la pregunta, retrasar la respuesta —nos dice Frank.

Eso me dio el éxito, pensará Frank. Me gusta, aunque se lo crea.

—¿No?, ¿sí?, pasó de largo, ¿desde allí?, claro, ¿vendrás mañana?, quizás—. Le gustan cortos, los diálogos, los domina. Ellen es bailarina. Londres. Pequeña, pelo muy corto, pechos, caderas. Provoca, le mira. Me fastidia Ellen. Sí, ya sé, lo hace bien. Pero, ¡tanta alabanza de él!

—Un día pasa algo, un problema, un deseo. Es el motor del personaje, lucha por conseguir ese deseo, lucha con las dificultades. ¿Lo consigue?, ¿no lo consigue?
—A Frank le encanta oírse.

Cada día una lucha. Antes y ahora. Lo conseguí, sí, lo hice. ¿Y qué?

Algunas, amarillas. Tarde apacible.

—Las palabras tienen que ser sencillas. La prosa no debe rimar. —Frank nos lo explica bien. Las mías lo son. No me importa que rimen. Frank me gusta cada vez más. Siento su olor.

—Decir cómo hablan los personajes es una manera de describirlos, porque los personajes se vienen abajo si su forma de hablar no es congruente con lo que el narrador cuenta de ellos—. Frank nos ayuda a escribir mejor, compensa su juventud con un verbo fácil, lo tiene bien aprendido. Mis personajes hablan así, como lo escribo. Son de verdad. Mi mamá era dulce. Mi padre chillaba, mucho.

—Y entonces ella apretó sus pechos desnudos contra él. Sus cuerpos recibían miles de besos. Sus pieles susurraban caricias mientras el calor de la noche tropical los envolvía. Su esposo llegó de repente. Mi amor. Pero, ¿quién es este? ¿Qué es lo que tú haces? ¡No! —lee Luis—. Luis Enrique vino de allí. Mujeres de grandes culos, besos de lengua, muslos que se abren. Pasión. Escribe de lo suyo. Me gusta la provocación, el sexo que cuenta. Me he puesto la blusa escotada. Frank y sus ojos.

Leo: Dan dijo: te quiero Lindy. Ella le contestó: ¿de verdad Dan?, ¿no me mientes? ¿Cómo te voy a mentir? Tú eres lo mejor que me ha pasado desde que salí de allí. Dan, yo también te quiero, ¿me defenderás de mi padre? Lo cuento todo, Frank, es la verdad. Él me dice que muy bien. ¿Es sincero?

—Los diálogos pueden ser los mecanismos de información sobre los personajes y sobre la relación entre ellos, porque son ellos los que pueden contar todo en lugar del narrador—. ¡Qué verdad es esto que dices Frank!

Frank se siente orgulloso de la crítica del Cultural. Le admiro. Estoy nerviosa, mi bolso se cae, hace un ruido fuerte.

—¿Qué llevas ahí? —me dice Luis Enrique.

—Nada —le digo, y la tapo.

Ya oscurece pronto. El viento tibio las arrastra.

Llego antes. Me siento a su lado, cerca. No se entera. ¿Es que él no...?

—Estandartes volados, arañas periscópicas, ¡el amor!, sumidero que todo lo traga, ¿no? Salpicaduras esquizofrénicas. El paso lento, azufre. —Marty resume, corta, abrevia, busca la esencia, todo le sobra.

—Entender puede ser una condena y no entender puede ser una puerta que se abre, porque lo esencial no se nombra y lo importante no se dice —nos cuenta Frank.

Philip, el minucioso. Los personajes siniestros, siempre los mismos. Los detalles todo lo rellenan. ¿Para qué tanto?

—Los detalles sirven para componer la escena —nos explica Frank—, pero si son muchos agobian.

¿A mí qué me importan? Tu voz me cautiva. No me expliques más, Frank. Dime, escucha, ¡atiéndeme! Soy yo, Lindy.

—Muy bonitas tus historias —me dice Frank. Sonríe. Le huelo. Y de repente, surge. ¡Es falso!

Ha nevado. Árboles desnudos. Es de noche.

—El narrador puede contar historias «del revés», empezar por la mitad, o por el final y volver atrás cada vez que la historia lo necesite—. Sí, eso dijo Frank. Y lo he hecho. He vuelto atrás para contarlo. —El narrador tiene que dotarse de una gran capacidad de observar, de mirar y de escuchar. Es quien decide todo, porque lo sabe todo—, termina Frank.

Silencio.

—¿Alguien tiene algo? —dice Frank.

—Yo —le contesto.

—Vamos, Lindy, cuéntanos una de esas historias tuyas, las de tu vida, realidad pura ¿no? —me dice Frank extendiendo su sonrisa falsa.

No me has gustado, Frank. No te gusto, Frank. Ni yo, ni mis historias. Lo sé. No me sonrías más.

Mi mamá no estaba, leo. Dan enterrado. Seis meses. La casa, era por la noche. Frases cortas, escribo con el estilo de Frank. Mi padre llegó, sigo leyendo. Enfurecido una vez más. Mi cuarto. Me siguió. Chillaba. Me amenazó. El golpe. Caí. Abrí la mesilla desde el suelo. Allí estaba guardada. El disparo. Sí, le maté.

Silencio.

—¿Es verdad, Lindy? ¿O es otra de tus historias fantasiosas? —me dice Frank.

—¿Fantasiosas? ¡Lo maté, sí!

—Bueno Lindy, lo inventas todo, ¿verdad?

—¿Qué lo invento? Eres un imbécil, Frank.

—Lindy, tranquila —me dice Ellen.

—¿Tranquila, dices? ¿Qué lo invento? ¡Todo es real!

—Mi amor, no te me pongas así —me dice Luis Enrique.

—Lindy, por favor —me dice Ellen con esa carita de niña estúpida.

—Lindy, no te enfades. No merece la pena —me interrumpe Marty, displicente.

—Cálmate y no insultes, Lindy — se atreve a decirme Frank.

—¡Imbécil! ¡Engreído! ¡Chulo! ¿Joven promesa? ¿Eso crees? ¡Eres una mierda!

—Lindy, será mejor que te vayas. Estás mayor —me dice Frank, el muy...

—¡Que estoy qué!

—Te hemos aguantado tus historias ridículas, mal escritas, pero esto...

—¡No sigas, Frank! —. Mi mano en el bolso. —Sí, me voy, pero antes...

Javier Aguilera Rojas

Octubre 2017